

EL QUIJOTE EN *EL NUEVO GOBIERNO DE SANCHO*,
DE LEONARDO CASTELLANI

Todo lector del *Quijote* conoce bien la figura y la idiosincrasia de Sancho Panza. Y no han faltado críticos que nos han recordado ese personaje cervantino tal cual es, ya que a veces la imaginación del lector va más allá del prototipo que nos presenta el autor alcalaíno y, olvidando detalles, donde hasta la iconografía interviene, desdibujan un poco la figura original. En el caso del personaje protagónico de *El nuevo gobierno de Sancho*, de Leonardo Castellani, no hay dudas. Veamos:

—Yo, señor «fisólogo» —prosiguió Sancho al ver una ligera sonrisa de desdén en el fino rostro del sabio—, no me precio de sabihondo. No he estudiado entomología, o mejor dicho, etimología, o como se llame esa ciencia que usted nombró al principio. Diosgracia que me quede de la poca escuela que mis padres me pudieron dar, mi pizca de Doctrina Cristiana, mi miaja de leer y *escrebir*, un poco de suma y resta para el gasto, templar una guitarra y un poco de cante a gañote seco o mojado, sea de iglesia, sea de los otros; eso sí, a matar un chancho y hacer una carbonada, no les cedo un punto a ningún *bacán* de mis reinos¹.

Así caricaturizado, Castellani resucita al personaje cervantino. Ya no interesan tanto su barriga o la cortedad de sus piernas sino más bien su sentido común enfrentado a una *civilización* extranjerizante que pretende ocultar lo rudo y lo genuino de todo pueblo que es patriota a su modo y no se avergüenza de ello.

¹ LEONARDO CASTELLANI, *El nuevo gobierno de Sancho*. Buenos Aires, Ediciones Vortice y Ediciones SERVIAM, 1991, pp. 63-64. En adelante citaremos por esta edición.

Quizás convenga recordar que en el libro que nos preocupa, Sancho recibe algunos apodos un tanto insólitos pero que van delineando el carácter del personaje, tales como «rechoncho y feliz gobernador» (p. 208), «ínclito e inédito Gobernador» (p. 189) o «Tiránico Dictador» (p. 181). Ya no se habla de él como se hablaba en el *Quijote* original, precisamente en el episodio dedicado al gobernador de la isla de Barataria, donde era «gran Panza» y «discreto gobernador». Así y todo, en el libro argentino sigue siendo sabio y prudente y por momentos aparece más hondo y maduro ante los problemas a resolver:

Porque como dijo Santo Tomás (...), uno debe desear suprimir todos los males; pero a veces resultaría deso un mal mayor; y entonces debe tolerar una parte menos mala mientras ataca a sangre y fuego lo más urgente (p. 124).

Para la mayor parte de la crítica Sancho hereda su malicia, coraje y socarronería del gaucho Martín Fierro, con los hijos del cual tan bien se entiende en la escena final de su original gobierno. El lector enseguida reúne a Sancho y al gaucho legendario de José Hernández cuando el hijo dice respecto de su padre:

—Hombre entero fue —dijo el mozo sin orgullo—, que lo único que supo hacer fue no renegar un solo instante de su Dios, de su tierra y de sus padres; y obrar en consecuencia².

Sería difícil entender la obra de Castellani si antes no tenemos, por lo menos, una noción aunque breve de su agitada vida y de sus ideas. Las soluciones y las opiniones de Sancho en su «nuevo gobierno» se asientan firmemente en el hacer y en las inquietudes de este insólito escritor y un tanto extraño jesuita. «Llegó a Sancho, su Sancho, ese Sancho que conculca el idioma, versea en jerga, dice zafadurías y se burla de sus barbas, pero pasando antes por el inglés, el italiano, el francés y el alemán que el padre Castellani posee de verdad»³. Llegó a obtener, cuando completó sus estudios en Roma no sólo el orden sagrado sino también el título de Doctor en Filosofía por la Universidad Gregoriana. Luego en la Sorbona obtiene un diploma que lo acredita como especialista en Psicología y como si esto fuera poco, con las firmas del Papa Pío XI y del Prepósito General de la Compañía de Jesús, Wladimiro Ledóchowsky, se lo acredita como Doctor Sacro Universal. Como vemos títulos y honores no le faltaban. Desde 1935 y hasta 1946 ejerció

² *Ibidem*, p. 297.

³ HERNÁN BENÍTEZ, Prólogo a *Crítica Literaria*, de LEONARDO CASTELLANI. Buenos Aires, Ediciones Penca, 1945, p. 24.

diversos cargos en las instituciones educacionales de los jesuitas en Buenos Aires. Fue autor de varios libros y hasta integró las lista de diputados nacionales por la Alianza Libertadora Nacionalista. Creo que debemos conceder que todo esto y sus críticas permanentes contra tirios y troyanos lo hizo de buena fe. No obstante, la Orden le retiró los ministerios sacerdotales previa reclusión en Manresa durante dos años, de donde salió, fugándose, con una acentuada neurosis y un fuerte *surmenage* para regresar a la Argentina. La recepción en nuestro país se sintetiza en el decreto de expulsión de la Orden, cuando cuenta con 50 años de edad. Fue cesanteado durante el gobierno peronista de sus puestos en los establecimientos educacionales estatales. La rehabilitación, que le devolvió sus facultades sacerdotales, se debe al Papa Juan XXIII en 1966⁴.

El padre Leonardo Castellani, hay que aclararlo, es un hombre de su tiempo. No es aventurado decir que debemos incluirlo en esa dialéctica que llena el espacio político ideológico que va aproximadamente de 1930 a 1950 y que todavía aunque con menos violencia se mantiene: revisionismo versus liberalismo. Para los revisionistas la Argentina se debe unificar sobre la base de un sistema auténtico y pragmáticamente político, fundado en las tradiciones hispánicas, católicas y nativas además de aspirar a una economía independiente. Con esta visión los revisionistas clamaron por la necesidad de reescribir la historia del país porque la historia oficial era liberal, *ergo* las tradiciones desconocidas y al servicio de los intereses extranjeros antinacionales.

Así en la historia argentina de los últimos 70 años se dan situaciones inopinadas: en 1930, por ejemplo el Gral. José F. Uriburu, influido por ideas nacionalistas y *fascistas* da un golpe de estado con el propósito de reemplazar la democracia liberal por un modelo corporativo. El Gral. Agustín P. Justo por su parte deseaba remover al presidente Irigoyen y al partido Radical del gobierno para «limpiar» el sistema y volver a la democracia liberal. Justo llegó a la presidencia de la Nación (1932-1938) con el apoyo de la «Concordancia», coalición de conservadores, radicales disidentes y socialistas independientes. El gobierno de Justo, después de la crisis del sistema liberal de 1930, ambiciona su restauración, si bien en una versión deformada y más excluyente respecto de su legitimidad. Sin embargo la crisis de este sistema nos lleva al golpe militar nacionalista de 1943 y culmina con las elecciones de 1946 cuando el Gral. Perón instala un régimen populista o una democracia autoritaria,

⁴ Para mayores datos biográficos, vid. PABLO JOSÉ HERNÁNDEZ, *Conversaciones con Leonardo Castellani*. Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1977; JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS, *La filosofía del Padre Castellani*. Buenos Aires, Gladius, 1990; y la «Reseña biográfica», en *Seis ensayos y tres cartas*. Buenos Aires, Dictio, 1978.

hasta 1955 en que una rebelión militar y civil lo derroca. Desde 1955, prácticamente la sociedad y la política argentina, en una sucesión casi constante de regímenes militares y civiles, se dividen en peronismo y antiperonismo.

Durante el gobierno de Perón y hasta el día de hoy se nota una nueva visión o mejor una revisión en el campo bibliográfico sobre la Argentina. Son populares, desde hace años, términos como «oligarquía», «imperialismo», «dependencia», «colonialismo» y «soberanía económica». Hoy se piensa, por ejemplo, que la Nación se construyó varios años antes de que aparecieran Rosas y los caudillos. Se sigue con los debates para definir la historia y las tradiciones. Como en este trabajo fundamentalmente nos interesa Castellani no tenemos por qué ir más allá de estas breves nociones históricas respaldadas, para el erudito, por una muy copiosa bibliografía⁵. Pero repetimos que Castellani es un hombre de su tiempo y aunque en su extensa producción no tiene libros sistemáticos de historia sí tiene muchos libros con historia y opiniones⁶, a veces muy particulares, sobre temas candentes que le tocaron vivir.

Alguna vez, el autor escribió que:

Le plantan a uno una etiqueta y dicen: «Es un hombre así o así: un santo, un genio, un hombre difícil, un miserable, un rebelde, un desgraciado, un hombre feliz...». Y uno tiene que decirles «Amén» porque ¿qué ganaría con discutir?⁷.

Se ha dicho y con razón que su franqueza era muchas veces agresiva; pero debemos admitir que casi siempre se funda en el sentido común. A veces, sus palabras, preñadas de ese sentido común, conforman todo un método para hacer resurgir las verdades perennes. Por obra del escritor adquieren frente al lector una acepción renovada y sugerente. En su afán de servir a la verdad, se toma la libertad de escribir en una lengua natural pero adecuada a su

⁵ Para una visión general del período 1930-1946, ver ALBERTO CIRIA, *Partidos y Poder en la Argentina Contemporánea (1930-1946)*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1975. Sobre el movimiento del revisionismo histórico, ver TULIO HALPERIN DONGHI, *El Revisionismo Histórico Argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; DIANA QUATTROCCHI-WOISSON, *Los males de la memoria. Historia y Política en la Argentina*. Buenos Aires, Emecé, 1995. Sobre aspectos de la política y cultura peronistas, ver A. CIRIA, *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983; MARIANO PLOTKIN, *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires, Ariel Historia Argentina, 1994.

⁶ No olvidamos su libro titulado *Esencia del liberalismo*, que consultamos en su tercera edición. Buenos Aires, Huemul, 1971.

⁷ LEONARDO CASTELLANI, *De Kirkegard a Tomás de Aquino*. Buenos Aires, Guadalupe, 1973, p. 12.

ambiente y al de los lectores. En ese afán no cree en los filólogos acartonados sino, más bien, en los que surgen como líderes del sentir de un pueblo:

—En primer lugar no las va, es cierto, con las tecniquerías de los escribidores profesionales. No las va (y perdonen si les ofende lo de no irlas) con la prosa pulimentada, torculada y legrada hasta el tuétano, con esa prosa que por demasiado lijada pierde estilo y pasa a ser prosa de nadie, asexuada, remilgada hasta dar asco⁸.

Su decir es vital y si la decepción a veces lo hiere, él a su vez reacciona con energía. Su experiencia personal le dice que vive en una Argentina decadente, que pretende desconocer a los verdaderos maestros. Pues bien, él lo dice así:

Un pueblo que mata a sus maestros naturales se saca los ojos. No es necesario que los mate físicamente, basta que los mate como maestros. Basta que al escritor que sabe, por ejemplo, no le deje editar sus libros; basta que al escritor que construye no le deje difundir sus escritos; al escritor que tiene la palabra de la salud, le haga el vacío delante y entorno. Ese pueblo se vuelve voluntariamente ciego. Y entonces se hace guiar por otros ciegos, pues no puede ver que son ciegos⁹.

Unamuno afirma que don Quijote necesitaba a Sancho, «necesitábalo para hablar, esto es para pensar en voz alta sin rebozo, para oírse a sí mismo»¹⁰. Creo que nosotros podríamos afirmar que Leonardo Castellani también necesitaba a Sancho para hacerse oír, con una ventaja sobre el Sancho cervantino: el lector argentino del siglo XX y cualquier otro lector no tenía que preocuparse por su edad ni por su condición social o su cultura, ya que en el *Quijote* Cervantes lo dice con meridiana claridad. Por Cervantes sabemos que era un labrador pobre, de increíble figura pues su barriga era grande, el talle corto y las zancas largas¹¹. El protagonista, de unos cincuenta años, seco de carnes sabía usar sus *otia cum dignitate*, leyendo libros de caballerías pero Sancho ni siquiera sabía leer ni escribir¹². Para colmo era labrador y pobre, vale decir que su tiempo de ocio era escaso o ninguno.

En el *Quijote* de Cervantes el héroe le prometió tanto que lo persuadió para que le sirviera de escudero ya que entre las posi-

⁸ HERNÁN BENÍTEZ, *ob. cit.*, p. 31.

⁹ LEONARDO CASTELLANI, *Seis ensayos y tres cartas*. Buenos Aires, Dictio, 1978, p. 123.

¹⁰ MIGUEL DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho*. Buenos Aires, Austral, 1949, p. 47.

¹¹ Vid. *Don Quijote*, I, Cap. 9.

¹² *Ibidem*, Cap. 10.

bles aventuras quizás llegara a ser gobernador de una ínsula. Todos sabemos que, aunque fruto de una broma ducal, llegó a ser gobernador de una ínsula, pero no es menos cierto que llegó a querer tanto a su amo «como a las telas de mi corazón y no me amaño a dejarlo»¹³. Sancho es un personaje creado por Cervantes, buscado y hallado por don Quijote, que vamos conociendo poco a poco a través de toda la obra y que termina con la enorme tristeza del escudero frente a la ineluctable muerte que se lleva a su amo.

Castellani supone, y supone bien, que todo lector culto conoce al personaje por intermedio del cual él se va a relacionar con el público lector y, tras la descripción de un primer amanecer al estilo quijotesco aunque argentinizado, nos encontramos con Sancho Primero Único en su trono dispuesto a oír y juzgar su primer caso. Debía regir la Ínsula Agatháurica. No nos llame la atención que el libro empiece con una «Pragmática en soneto» de don Quijote al escudero para ponerlo en el cargo de gobernador; y que ese soneto termine con el siguiente cuarteto:

¡Cuerpo de Dios y de Santa María
y en el nombre de aquesta espada mía
tómala, Sancho, y salva su natía
promesa de laurel y racimos!

Después de leer el libro de Castellani, no nos quedan dudas de que el *Quijote* representa en la tradición argentina la vena hispánica, tan presente que con el idioma y la sabiduría quedamos permanentemente unidos a la gran España del Siglo de Oro.

Esta permanente admiración por el quijotismo de la Argentina y de Castellani hizo en este caso que el escritor trasladara un personaje protagónico, como lo es Sancho en el libro original, a su propio libro. Esto implica un punto de partida y un método para hacer ver a la sociedad de nuestro tiempo que todavía se puede luchar por los ideales nobles, por la justicia, por la fe, por todo aquello que siempre ha incluido el «ideal caballeresco».

Con su *El nuevo gobierno de Sancho* nos encontramos con aquel gobernador de Cervantes redivivo por la pluma del autor argentino; por eso la ínsula Barataria deja lugar a la ínsula Agatháurica —la Argentina— a la que hay que librar de muchos males. Tras su lectura, confirmamos que el libro es fundamentalmente una crítica satírica, tanto en el campo social como en el político, de los males acarreados por el liberalismo; también expresa el deseo ardiente de volver al país a su tradición hispano-católica. Castellani, que llegó a expresar con veneración que así como «el *Quijote* solemniza el

¹³ Vid. *Don Quijote*, II, Cap. 13.

ocaso de la caballería, esta novela con otras muchas iluminan con los hachones fúnebres del arte el crepúsculo de toda gran cosa que muere, la agonía de la aristocracia de casta en Europa; como Virgilio iluminó el crepúsculo del Imperio Romano»¹⁴, el autor, decimos, recrea la figura de Sancho Gobernador y sin olvidar la fuente española la emancipa y revaloriza. El intento de rehabilitar tal tradición es nada más que eso, un intento. Castellani lo sabe y por eso en el Soneto epítáfico lo declara abiertamente. En el segundo cuarteto, dice:

Sancho, de España trasladado a América
Y probado otra vez a garra y diente,
Yace por siempre aquí a la moda homérica,
Ejemplo y prez de toda hispana gente.

Sancho no pudo lograrlo y Castellani, que murió el 15 de marzo de 1981, a los ochenta, tampoco pudo.

Conviene recordar que *El nuevo gobierno de Sancho* se incluye en una trilogía junto a *Su Majestad Dulcinea* y *Juan XXIII (XXIV)*, subtítulo *La Resurrección de Don Quijote*. Las tres obras conforman una amplia y, a la vez, reiterativa visión de los perjuicios que las ideas e instituciones liberales han ocasionado al país junto con el deseo de reinsertarlo en el legado hispánico. No nos extrañe entonces que el mismo autor sea explícito en su intento y presente los dos últimos libros de la trilogía en el volumen aparecido con anterioridad.

El nuevo gobierno de Sancho fue editado en 1942. Se lo reeditó, con tres capítulos más, en 1944; y con cinco piezas más en prosa y un anexo en verso, por tercera vez en 1965. Nosotros hemos trabajado con la quinta edición que reproduce la tercera y la cuarta.

A la «pragmática» inicial, suceden treinta capítulos cuyos títulos nos adelantan su contenido. Por ejemplo «El Tanguista», «El Filósofo», «El Sabelotodísimo», «El Taita Oficial de la Historia», «Preguntas Peliagudas». Si el *Quijote* es una sucesión de aventuras, *El nuevo gobierno de Sancho* es una sucesión de sentencias. Luego de los capítulos el «Epitafio» y el «Soneto epítáfico» el libro termina con dos poemas reunidos bajo el título «Anexos en verso»; el primero es una oración a Santa Clara y el otro se refiere a Franklin D. Roosevelt con ocasión de su muerte, burlesco por demás. Es obvio que estos poemas parodian los escritos por Cervantes al final de la primera parte de su obra, en homenaje a sus personajes.

¹⁴ LEONARDO CASTELLANI, *Psicología Humana*, Mendoza. Ediciones JAUJA, 1995, p. 124.

Otra característica de esta parodia al *Quijote* original es el comienzo de cada capítulo con una alusión burlesca y a la vez ingeniosa referida a Apolo. Si Cervantes, a través de seis descripciones del amanecer en estilo afectado, remedaba con ampuliosidad la literatura de caballerías, Castellani se adueña de tal recurso y lo reitera capítulo a capítulo. Todos los capítulos a su vez terminan con un decreto del gobernador, que incluye la sentencia, y la «señal de los festejos». Ingenioso, original, satírico, humorístico como siempre.

En el *Quijote* cervantino, cuando el libro termina, Sancho lamenta la muerte de su señor y el cura ante escribano solicita que se certifique la muerte de don Quijote para que ningún otro autor «resucite falsamente» lo contado por Cide Hamete Benengeli. Castellani aclara en el prólogo que él sólo se ha limitado a traducir los pliegos de Cide Hamete Benengeli, hijo del moro autor del *Quijote*. El autor argentino, con el seudónimo de «Jerónimo del Rey», antiguo nombre de la ciudad de Reconquista en la provincia de Santa Fe, donde nació, se convierte en traductor de los originales arábigos escritos por Cide Hamete (h) donde se narra este Segundo Gobierno de Sancho.

Se ha insistido hasta el cansancio en que el *Quijote* es una sátira contra los libros de caballerías. En *El nuevo gobierno de Sancho* Castellani critica, a su vez, las manifestaciones y consecuencias del liberalismo en nuestra patria que él denomina ínsula Agatháurica o Agathaura¹⁵.

Al principio de este trabajo dijimos que Sancho, a la vez que tiene mucho del escudero de don Quijote, tiene también bastante de Martín Fierro. Esta analogía vuelve a recordarse en el capítulo titulado «El filósofo» donde hallamos en forma amebica un diálogo entre el gobernador y el filósofo, que nos recuerda la payada entre Fierro y el Moreno. En el mismo capítulo podemos leer todo un retrato de Sancho que se presenta a sí mismo. No nos cabe duda de que tanto su manera de ser como su lenguaje son rudos y gauchescos. Sancho se ha renovado en un nuevo ambiente, el criollo.

Dejemos a los cultores del folklore el análisis del lenguaje en forma de refrán que abunda también en esta recreación. A veces, en su afán burlesco, el autor recurre también a expresiones francesas e inglesas.

¹⁵ El autor no nos aclara la posible etimología de este nombre; pero todos coinciden en que sugiere irónicamente el de ágata o *argé*, plata; el sufijo áurica o aura puede provenir de áurico o auro. Si consideramos que para Castellani la Argentina que gobierna Sancho es más decadente que áurea, la ironía queda patente.

De todos modos, la lengua es un recurso más para demostrar los ideales respecto de su país de Leonardo Castellani, satírico unas veces, ingenioso casi siempre y pertinaz hasta la muerte.

Como queda dicho, cuando se habla de la presencia inequívoca de Cervantes en la obra de Castellani, a *El nuevo gobierno de Sancho* se agregan dos libros más, *Su Majestad Dulcinea* que aparece como obra de Edmundo Florio y Jerónimo del Rey (Buenos Aires, Ed. Cintra, 1956, págs. sin numerar) y *Juan XXIII (XXIV). Una fantasía*.

Su Majestad Dulcinea comprende una Primera Parte de once capítulos, escrita en marzo de 1946; la Parte II abarca trece capítulos y la Parte III tiene siete capítulos. En la «Historia de este libro» el autor dice que en noviembre de 1955 escribió la segunda y tercera parte, y al finalizar esta breve historia anuncia un tercer libro que se llamará *La Resurrección de Don Quijote*. A nuestro entender es un libro de burlas sobre la realidad argentina, desde el original y opinable punto de vista de Castellani. No hay una idea medular, se trata más bien de una miscelánea. Quien quiera encontrar un ensayo sobre Dulcinea se equivoca.

El subtítulo de *Juan XXIII (XXIV). Una fantasía*, es el de *La Resurrección de Don Quijote* (Sinfonía fantástica a lo Berlioz en tres movimientos y una coda; para uso de naciones subdesarrolladas)¹⁶. El autor, cuando quiere aclarar el contenido del libro, nos confunde más; por lo tanto mejor quedémonos con lo que él llama, ya desde la tapa, «una fantasía».

Sería difícil relacionar en forma estricta estas tres «novelas» a pesar de la presencia de personajes, situaciones y artificios cervantinos. Además son desparejas en su concepción y en su factura textual. La verdadera relación entre los tres libros se funda en la reescritura de ciertos motivos cervantinos, perceptibles sólo para quienes conozcan bien el universo quijotesco¹⁷. Creemos que pronto habrán de ser necesarias ediciones anotadas y hasta críticas de estas obras de Castellani, donde los especialistas ayuden al lector a recordar el sentido de las menciones o alusiones que con el correr del tiempo van entrando en las sombras. Más aún, ciertos episodios graves o cómicos y también los personajes podrían revivir su original sentido. En esta situación están *El nuevo gobierno de Sancho* y, especialmente, *Su Majestad Dulcinea* y *Juan XXIII (XXIV)*.

¹⁶ Consultamos la edición que a nombre de Jerónimo del Rey se publicó en Buenos Aires, Ed. Theoría, 1964, 342 págs.

¹⁷ Vid. MARTA ELENA CASTELLANO, «Reescritura cervantina en la literatura argentina contemporánea, las novelas de Leonardo Castellani», *Homenaje a Celina Sabor de Cortázar*. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, 1992, en especial p.177.

Antes de terminar esta aproximación a *El nuevo gobierno de Sancho*, quisiera recordar las prudentes y sabias palabras de un conocedor en profundidad de la obra de este polémico jesuita:

Frente a la obra de Castellani ha habido dos actitudes extremas: la conspiración del silencio y la exaltación desmedida de su obra. Ambas, por extremas, son malas, sea por carencia sea por exceso. No saber que Castellani existe es gruesa ignorancia. Callarlo, sabiéndolo, es malignidad. Decir que es un genio, es una forma de la comodidad crítica, pues, hecha la afirmación, nos exime de todo esfuerzo de calibración para alcanzar un juicio ponderado¹⁸.

El mismo Barcia, con su genio finamente irónico, habla de un «culto a Castellani», sostenido por sus admiradores durante varias décadas. A ellos se dirige cuando afirma que «no pueden ser sus intérpretes exclusivos», porque se reduciría lo que se quiere preservar y se caería en aquella actitud, simpática y errónea, de un Papini que sostenía «que para entender a Dante había que ser católico, italiano y florentino». Castellani es un autor santafecino, notable en las letras argentinas porque «amando a su patria se propone mostrarle, aunque sea por parábola burlesca, los errores del siglo para que el país sepa dónde y de qué manera puede reivindicarse»¹⁹.

CARLOS ORLANDO NÁLLIM
Universidad Nacional de Cuyo
Academia Argentina de Letras

¹⁸ PEDRO LUIS BARCIA, «Leonardo Castellani en perspectiva», *Exposición del Libro Católico*. Buenos Aires, año XX, núm. 3, septiembre de 1996, p. 16.

¹⁹ JUAN OSCAR PONFERRADA, «Prólogo» a *El nuevo gobierno de Sancho*, edición citada, p. 12.